

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

16 DE ABRIL DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



LA GUERRA EN MINDANAO.---Los moros atacan á los indios en Pantar.

Ayuntamiento de Madrid

CUENTO SOÑADO

Había una princesa á quien su padre, un rey muy foscó, caviloso y cejijunto, obligaba á vivir reclusa en sombría fortaleza, sin permitirle salir del más alto torreón, á cuyo pié vigilaban noche y día centinelas armados de punta en blanco y dispuestos á ensartar en sus lanzones ó á traspasar con sus venablos agudos al que se atreviese á aproximarse. La princesa era muy linda; tenía la tez color de luz de luna, el pelo de hebras de oro, los ojos como las ondas del mar sereno, y su silueta prolongada y grácil recordaba la de los lirios blancos cuando la frescura del agua los enhiesta. En toda la comarca no se hablaba sino de la princesa cautiva y de su rara beldad, y de lo muchísimo que debía de aburrirse entre las cuatro recias paredes de la torre, sin ver desde las ventanas alma viviente, más que á los guardas inmóviles, semejantes á estatuas de hierro.

Los campesinos se santiguaban de terror si casualmente tenían que cruzar ante la torre, aunque fuese á muy respetuosa distancia. En la centenaria selva que rodeaba la fortaleza, ni los cazadores se resolvían á internarse, temerosos de ser cazados. Silencio y soledad alrededor de la torre, silencio y soledad dentro de ella; tal era la suerte de la pobre doncellita, condenada á la eterna contemplación del cielo y del bosque y del río caudaloso que serpenteaba lamiendo los muros del recinto.

De pechos sobre el avance del angosto ventanil, la princesa solía entregarse á vagos ensueños, aspirando á venturas que no conocía, de las cuales formaba idea por referencias de sus damas y por conversaciones entreoídas, sorprendidas—pues estaba vedado tratar delante de la arincesa del mundo y sus goces.—Así y todo, reuniendo datos dispersos y concordándolos con ayuda de la fantasía, la secuestrada suponía fiestas magníficas, iluminaciones mágicas suspendidas entre el follaje de arbustos cuajados de flor y que exhalaban embriagadores aromas; oía los acordes de los instrumentos músicos, aladas melodías que volaban como cisnes sobre la superficie de los lagos; y veía las parejas que, cogidas de la cintura, luciendo sedas, encajes y joyas, danzaban con incansable ardor, deslizándose los galanes palabras de miel al oído de las damas, rojas de pudor y felicidad, sueltos los rizos y anhelante el seno... Mientras la princesa se representaba estos cuadros, las nubes se teñían de carmin hacia el Poniente, un murmullo grave y hondo ascendía del río y del bosque; y la cautiva, oprimida de afán de libertad, murmuraba para sí: «¿Cómo será el amor?»

Allá donde la montaña escueta dominaba el río y el bosque, una cabañita muy miserable, de techo de bálago, servía de vivienda á cierto pastorcillo, que por costumbre bajaba á apacentar diez ó doce ovejas blancas en la misma linde de la selva. Más resuelto que los otros villanos, el mozalvete no recelaba aproximarse al castillo, y deslizarse por entre la maleza, con agilidad y disimulo, para mirar hacia la torre. Después de encontrar un senderillo borrado casi, que moría en el cauce del río, logró el pastor descubrir también que al final del sendero abría-se una boca de cueva; y metiéndose por ella intrépidamente, pudo cerciorarse de que, pasando bajo el río, la cueva tenía otra salida que conducía al interior del recinto fortificado. El descubrimiento hizo latir el corazón del pastorcillo, porque estaba enamorado de la princesa (aunque no la había visto nunca). Supuso que aprovechando la cueva lograría verla á su sabor, sin que se lo estorbasen los armados, los cuales, bien ajenos á que nadie pudiera introducirse en el recinto, casi al pié de la torre, no vigilaban sino la orilla opuesta y el río. Es cierto que entre la torre de la cautiva y el pastor se interponían extensos patios, anchos fosos y recios baluartes; con todo eso, el muchacho se creía feliz; estaba dentro de la fortaleza, y pronto vería á su amada.

Poco tardó en conseguir tanta ventura. La princesa se asomó, y el pastorcillo quedó deslumbrado por aquella tez color de luna y aquel pelo de hebras siderales. No sabía como expresar su admiración y enviar un saludo á la damisela encantadora; se le ocurrió cantar, tocar su caramillo... pero le oirían; juntar y lanzar un ramillete de acianos, margaritas y amapolas... pero era innaccesible el alto y calado ventanil. Entonces tuvo una idea extraordinaria. Recogió un pedazo de cristal, y así que pudo volver á deslizarse en el recinto por la cueva, enfocó el cristal de suerte que, recogiendo en él un rayo de sol, lo supo dirigir hacia la princesa. Esta, maravillada, cerró los ojos, y al volver á abrirlos para ver quien enviaba un rayo de sol á su camarín, divisó al pastorcillo que la contemplaba estático. La cautiva sonrió; el enamorado comprendió que aceptaban su obsequio... y desde entonces, todos los días, á la misma hora, el centelleo del arco iris despedido por un pedazo de vidrio alegró la soledad de la princesita y la cantó un amoroso himno, que se confundía con la voz profunda de la selva allá en lontananza...

De pronto sobrevino un cambio radical en la vida de la princesa. Murió su padre y recayó en ella el trono. Brillante comitiva de señores, guerreros, obispos, pajes y damas, vino á buscarla solemnemente y á escoltarla hasta la capital de sus Estados. Y la que pocos días antes sólo conversaba con los pájaros, y sólo esperaba el rayo de sol del pastorcillo, se halló aclamada por millares de voces, aturrida por el bullicio de espléndidos festejos, y admiró las iluminaciones entre el follaje, y oyó las músicas ocultas en el jardín, y giró con las parejas que danzaban, y supo lo que es la gloria, la riqueza, el placer, la pasión delirante y la alegría loca...

Habían pasado muchos, muchos años, cuando la princesa, reina ya,—y casi vieja ya,—tuvo el capricho de visitar aquella torre donde su padre, por precaución y por tiránica desconfianza, la mantuvo reclusa durante los momentos más bellos de la juventud. Al entrar en el camarín, una nostalgia dolorosa, una especie de romántica melancolía se apoderó de la reina y la obligó á reclinarse en el ajiméz, sintiendo preñados de lágrimas los ojos. La tarde caía inflamando el horizonte; el bosque exhalaba su melodioso y hondo susurro... y la reina, tapándose la cara con las manos, sentía que las gotas de llanto escurrían pausadamente al través de los dedos entreabiertos. ¿Lloraba acaso al recordar lo sufrido en el torreón; el largo cautiverio, la soledad, el aislamiento, el fastidio? ¡Mal conocéis el corazón los que á eso atribuis el llanto de tan alta señora!

Sabed que, desde el momento en que pisó la torre, la reina echaba de menos el rayo de sol que todos los días, á la misma hora, la enviaba el pastorcillo enamorado por medio de un trozo de vidrio. Por aquel trozo de vidrio daría ahora la soberana los más ricos diamantes de su corona real. Sólo aquel rayo podía iluminar su corazón, fatigado, lastimado, quebrantado, marchito. Y al dejar escurrir las lágrimas, sin cuidarse de reprimirlas ni de secarlas con el blasonado pañuelo, lloraba la juventud, la ilusión, la misteriosa energía vital de los años primaverales... Nunca volvería el pastorcillo á enviarla el divino rayo.

Emilia PARDO BAZÁN

LA ACADEMIA FRANCESA

«En todas partes cuecen habas.»

(Medio refrán.)

Soy admirador sincero de Zola; sus procedimientos me parecen erróneos; sus teorías, por regla general, inadmisibles; peligrosas, casi siempre, sus enseñanzas; pero de su obra creo que es admirable, y á él ¡oh! lo que es á él, lo tengo por uno de los hombres de más talento de su época.

Por esa razón cuando, hace ya algunos meses, comentaban casi todos los periódicos de Europa el descalabro número... no sé que número hace éste, sufrido por el novelista insigne en su campaña de aspirante á la Academia Francesa, me preguntaba yo á mí mismo: «Pero, señor, ¿qué tendrá la Academia para que Emilio Zola se obstine de ese modo en pertenecer á ella? ó ¿qué tendrá Emilio Zola para que la Academia se empeñe en no admitirlo en su seno?»

Brunetiere fué el vencedor último de Zola (último, por ahora, y hasta la próxima elección) en la Academia Francesa. De Brunetiere digeron entonces los periódicos franceses, y lo reprodujeron los de todo el mundo, que era antipopular y estirado, y soberbio y petulante; que sus alumnos lo habían obsequiado con una silba espantosa. Brunetiere, tomando por adelantado el desquite, dijo en su discurso de recepción horrores de la juventud escolar y de la prensa periódica. En tal estado *finó* el pleito entre Brunetiere de una parte, y de otra los estudiantes y los periodistas. Pero de los incidentes de ese pleito, novedad de un día, nadie se acuerda ya, nadie sabrá una palabra pasado medio año, y Brunetiere quedará dentro de la Academia, y fuera de ella Zola, el novelador incomparable.

Y torno á mi pregunta: ¿qué tienen esas corporaciones tan caducas y tan vanidosas, para que hombres como Zola soliciten humildemente y con dócil perseverancia ingresar en ellas?

Y lo que pregunto de la Academia Francesa lo pregunto de la Española, que se convierte en campo de Agramante cada vez que es necesario llevar á cabo una elección; y contra la cuál nos desatamos en impropiedades cuando escoge un candidato entre los numerosos aspirantes que solicitan ser admitidos, y no sienten escrúpulos al representar, para con la corporación objeto de tantos alanes, el tristísimo papel de pobres porfiados.

No he de mencionar nombres, ¿para qué, si están en los labios de todos? ¡pero declaro sinceramente, lealmente, con todo mi corazón y desde lo más íntimo de mi conciencia, que me produce un efecto extraño, en que hay mezcla de tristeza y de cólera, de repulsión y de lástima, saber—saberlo con toda certeza y sin que sea posible la duda—que dramaturgos eminentes, novelistas insignes, elocuentísimos oradores, egregios literatos, mendigan los votos de los inmortales para figurar entre ellos!

Yo no puedo creer, yo no quiero creer—porque no me cabe en la cabeza—que un gran hombre, al pegar repetidamente aldabonazos en la puerta de la Academia, persiga, como realización de un bello ideal; el derecho á usar uniforme; la ventaja de cobrar, en concepto de dietas, algunas pesetas semanales; el prestigio, muy discutible, que le dé el estampar en la portada de sus libros la leyenda consabida, «de la Academia... Tal.»

Fuera de esos atractivos, verdaderamente pueriles, y del menos pueril, pero bastante problemático hoy que andamos á vueltas con la supresión de los derechos pasivos, de que los años de Academia sean considerados como años de servicios, no veo, no acierto á ver, cuáles otros tenga (para hombres serios y de valer, se entiende), formar parte de una corporación, que, si algo representa, débelo á los nombres de quienes en la Academia y fuera de la Academia, aisladamente y en colectividad, tienen valía y significación propias.

Comprendería yo que las Academias—admitido ya que existiesen, lo cual constituye cuestión previa, en que no entro ahora—buscasen á los hombres de mérito, de verdadero mérito, para solicitar su concurso, y les suplicasen que fuesen á compartir las tareas de la corporación, y á prestarle ayuda material con el trabajo propio, y ayuda moral con el propio prestigio. Pero no comprendo, que ni el ignorante, ni el sábio, tomen en tal asunto la iniciativa. El ignorante, porque está claro que no tiene su sitio en una corporación de sábios; el sábio, porque á más de no parecer bien que él á sí mismo se lo llame, es indiscutible que la Academia lo necesita á él para realizar los fines de su fundación, y él no necesita á la Academia para nada.

Ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, ni Tirso, necesitaron de Academias para ser lo que fueron, y si—realizándose un imposible—esos gigantes de nuestra literatura resucitasen, la Academia si habría menester de ellos... Y no dejaría de ser curioso el espectáculo que ofreciesen los autores de *Don Quijote* y de *La Vida es sueño*, escribiendo memoriales para que se les permitiera sentarse al lado de... Tente, pluma; que he prometido no citar nombres y quiero cumplir la promesa.

Y no se me conteste que la Academia está en su casa, y no llama á nadie, ni solicita ajeno concurso, ni place-mes del vulgacho; ni se me considere como uno de esos *malhechores públicos* ó *Rinconetes de las letras*, de que habló el bueno de Ferrer de Río (q. e. p. d.), y á quienes aludía, con motivo de la inauguración del nuevo edificio de la Academia, el Sr. Pidal. Bajo mi palabra de hombre honrado digo, de una vez para siempre, que ni envidio á los académicos, ni me considero digno de figurar entre ellos. No los envidio como á tales académicos, entendiéndose bien, con dietas, uniforme y años de servicio; aunque si envidio á unos cuantos de entre ellos por sus personales condiciones.

El Sr. Pidal, como hay quien padece la monomanía persecutoria (por cierto que la Academia Española no admite este vocablo, que hace mucha falta), adolece de la manía de ver en todas partes envidiosos de la Academia.

Refiriéndose, en la solemnidad de que he hablado antes, á la primera edición del diccionario, decía el veheméntísimo D. Alejandro Pidal:

«Ni una voz faltó en este concurso de admiración; hasta tuvieron la fortuna de oír ya á los primeros pliegos publicados los primeros aullidos del ladrido tradicional con que les sigue acompañando la envidia.»

Convengamos, antes de pasar adelante, en que ese *parrafito* le salió un poquito desigual al ilustre académico; los aullidos del ladrido, además de sonar mal, constituye heregia científica; y acaso (y sin acaso) la constituye también gramaticalmente, llamar *tradicional* al ladrido que oyeron los académicos al publicar su *primer trabajo*, porque á la idea de tradición va inseparablemente unida la de antigüedad.

Pido humildemente que me sea perdonada esta digresión, y continúo diciendo, que en eso de que los señores académicos de la Española ó de la Francesa están en su casa, habría mucho que hablar.

Si esas corporaciones, lo mismo la de allá que la de acá, fueran de carácter puramente privado, y á la iniciativa particular y á los particulares esfuerzos debieran su fundación y su desarrollo y sus grandezas, en buen hora que se consideraran dueñas de hacer y deshacer en su casa lo que les pareciera oportuno. Pero teniendo, como

una y otra tienen, mucho de oficial; debiendo al Estado su existencia; habiendo conseguido, merced á privilegios otorgados por los monarcas, ser lo que son, y llegar á lo que han llegado, es evidente que ha de estar limitada su autonomía.

Asusta pensar lo que nuestros *inmortales* dirían á Benot, y lo que los *inmortales* franceses dirían al Benot de allá, si aquél ó éste pretendieran defender, con cualquier pretexto, las autonomías de los organismos políticos; y sin embargo ¡vaya si son partidarios de su autonomía los señores académicos!

También lo soy yo de la suya, y de la mía y de la de todos; pero con su cuenta y con su razón.

¿Pretenden los individuos de la Academia Francesa, hacer, como el vulgo dice, de su capa un sayo, admitir á quien les agrada, rechazar á quien no les guste, obrar, en fin, con absoluta y completa independencia en todo, y sin tener para nada en cuenta los clamores de la opinión?

Pues constitúyanse en sociedad particular, en Ateneo, en Liceo, en lo que fuere; vivan de sus fuerzas propias y con sus propios recursos, y allá hagan y dejen de hacer lo que mejor les pareciere.

¿Quieren ser corporación oficial, protegida por el Estado, con privilegios especiales y especiales franquicias? sométanse entonces—como es lógico y natural—á una intervención del Estado, que si ayer estuvo personificado en el *Rey Absoluto*, hoy encarna en un presidente de la República, (me refiero á Francia, por supuesto) y lejos de encastillarse como hacen en sus tradiciones y en sus prácticas de tiempos añejos, vivan la vida de ahora, sin lo cual convertirán la Academia en cuerpo corrompido, que la sociedad se verá precisada á suprimir por razón de higiene.

Y así y todo, continúo sin explicarme la razón que tiene *Emilio Zola* para manifestarse tan empeñado en ser académico.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MUERTA PARA EL MUNDO

Un viaje improvisado, ó poco menos, le había obligado á salir de Madrid. Y entre dar una vuelta por sus dehesas, y examinar la magnífica yeguada que pensaba rehacer, y girar una visita á sus parientes de Toledo, bien se pasarían veinte ó veinticinco días. Despachados, pues, sus asuntos, había escrito á doña Isabel Cadalso, que era su mujercita, una trigueña encantadora de cabellos castaños, de cutis casi dorado y cierta languidez en sus movimientos que le prestaba el aspecto de una graciosa y gentil criolla; habíale escrito anticipadamente desde Toledo, y luego, al entrar en un coche de primera, pensaba nuestro viajero, Juan Manuel Arellano, que así se llamaba, en aquel ser querido á quien adoraba y en las gratas comodidades de la casa, irremplazables muchas veces. Cinco años llevaban de matrimonio sin haber tenido un solo hijo, y esta circunstancia influía en él para que de vez en cuando, con alguna repentina desaparición de escena, con algún improvisado capricho, procurase romper la monotonía de aquella tranquila dicha.

Trascurrido por fin el tiempo señalado, en cuanto llegó á la estación saltó al andén, extrañándole no poco el no ver á su criado, y aun mucho más á su mujer, que según sus cálculos de marido enamorado debía estar esperándole allí mismo con los brazos abiertos. Cruzó, pues, sólo con su maletín de mano, y tomó un coche de punto que lo llevó en contados minutos á la calle de Orellana, donde vivía. Entró en su casa, subió con algún apresuramiento la escalera, tocó el timbre y no oyó ruido ni pasos de ser viviente que le respondiese. En efecto, nadie acudió á abrirle y tuvo que bajar á la portería para saber algo acerca de aquel desusado recibimiento. No acertaba la portera, al observar su semblante, con el modo de referirle la verdad de lo sucedido. Acudió por lo tanto al registro de sus ponderaciones y circunloquios, que era extensísimo, y vino á decirle:

—¡Ay, señorito de mi alma! no sabe usted, no sabe usted bien el disgusto que tuvo mi marido, que fué el primero que se enteró... de eso; porque figúrese usted, señorito, que...

—Pero ¿no hay nadie en el cuarto?

—¡Qué, no señor, qué ha de haber. Creo que fué el martes pasado, y martes había de ser, por desgracia, cuando mi marido...

—¿Está usted segura de lo que dice?—Después de esta pregunta procuró rehacerse y aparentar cierta natural sorpresa, pero no la angustia y la horrible pena del que se siente traicionadamente engañado.

El miedo á verse en ridículo, que era en Juan Manuel de los más grandes, le dió fuerzas para continuar su papel.—Está bien, no se moleste usted; ya sé lo que ha ocu-

rrido. A mi mujer no le ha sentado bien el que estuviese fuera más días de los convenidos y ha cumplido su amenaza de otras veces: se ha marchado á casa de sus parientes.

—Nosotros... naturalmente, ¿sabe usted? oímos y llamamos—insistió la portera.—Pero él, con mayor tranquilidad y sosiego, asintiendo á lo que decía, le rogó que saliera á acompañarlo para encender las luces. Subieron sin más hablar y, arreglado el quinqué del gabinete, hallaron que todos los muebles y enseres de la casa estaban en su sitio, muy bien ordenados, como si nada hubiera ocurrido en ella durante su ausencia.

Y, sin embargo, para él que volvía con el anhelo de ver renovada su dicha ¡qué triste y doloroso espectáculo! En cuanto la portera lo dejó solo levantóse del sillón donde se había recostado y corrió al gabinete de su mujer con el quinqué en la mano. Lo primero que divisaron sus ojos fueron los dos magníficos retratos en finísima cartulina que adornaban la repisa de la chimenea, entre otros objetos lindos y preciosos. Cogió el de la derecha, que era el de ella, y lo contempló con inusitada curiosidad, como si por primera vez lo viese; luego, por un movimiento de honda y dolorosa ternura, lo oprimió contra su pecho y exclamó con débil voz: ¡Isabel, Isabel de mi vida! ¿por qué me has abandonado?...

Con el retrato en la mano, recostado en uno de los silloncitos de raso azul estuvo, tres ó cuatro horas, hasta cerca del amanecer, pensando, discurriendo, torturando su imaginación con un sin fin de ideas. Cansado y febril tuvo por último que huir de aquel sitio y acogerse á la cama, porque el frío de la madrugada se le metía en los huesos. Ensueños y pesadillas á cual más extravagantes turbaron su sueño, que se vió interrumpido cada media hora como el del criminal en vísperas de su última sentencia. Esto, no obstante, cuando se levantó al día siguiente, pudo pensar en el problema planteado con mayor tranquilidad de ánimo, y ver con claridad perfecta lo negro y abominable de su fondo. ¿Qué es lo que podía echarle en cara su mujer? ¿No la quería todavía como en sus primeros años de matrimonio? ¿Acaso faltaba á sus deberes de marido, ni mancillaba su afecto con la menor traición? ¿No satisfacía sus caprichos más costosos en la medida que su posición y las rentas le permitían?.. Los meses de invierno tenían un abono en la *Comedia* y otro abono de coche para determinados días de la semana; no faltaban tampoco en los conciertos del *Príncipe Alfonso*, y bien pudiera decirse que doña Isabel Cadalso de Arellano figuraba por su belleza y elegancia en el Madrid conocido que suele citarse en todas las grandes solemnidades, oficiales, artísticas, etc., etc. ¿Cabía dentro de semejante estado social un acto de desesperación contra su fortuna ó su desdicha?

Con estos datos, y el registro minucioso que hizo aquel mismo día en toda la casa, empezó á instruir el proceso, digámoslo así, que pensaba llevar á cabo contra la culpable. Vió por el registro, que todas las ropas y joyas de su pertenencia habían desaparecido de los armarios y estuches, lo cual indicaba que la trama se realizó sin precipitación, friamente y con estudiado cálculo. Además, en uno de los cajoncitos del tocador halló una novela francesa que le daba bastante luz. Pintábase en esta novela á una mujer de la aristocracia, millonaria, que se encontraba hastiada de la vida por haber disfrutado de todo con insensato exceso: bailes, diversiones, viajes, cacerías. Careciendo, pues, de hijos y de encantos, no teniendo valor para suicidarse, se arroja en brazos de un teniente de marina, abandonando á su marido, familia y sociedad, para recibir las impresiones de un viaje por las pampas de América. Sobre una de las últimas páginas de esta novela, Isabel Cadalso había escrito estas significativas palabras: «¡Qué horrible situación la de aquella que nada desea, ni goza, ni sufre, ni padece! ¡Qué fastidio de vida! Pero ella siquiera encontró el amor de un hombre que la sacara de semejante infierno. Y yo en cambio...» Juan Manuel apretó convulsivamente el libro después de leer esto, y lo arrojó al suelo como se arroja un objeto súpico y repulsivo. ¿Cómo dudar de la causa miserable que había determinado en su espíritu aquella odiosa acción? Deseaba ella una pasión ardiente y arrojada que se trocase en llama de su vida, y ésta nunca falta para la que con ansia lo desea. ¿Qué merecía en su consecuencia la que no acepta el deber impuesto como carga inherente al vivir, ora se transforme en dolor, bien en fatiga ó en amargo fastidio? Merecía, primeramente, el desprecio, y después el eterno olvido que acompaña á los seres miserables y estériles. Resuelto, pues, á realizar su pensamiento, se deshizo de los muebles inútiles y se trasladó al pueblo donde radicaban sus dehesas y viñedos, y allí vivió cuatro ó cinco meses, haciendo vida completa de campesino.

Trascurrida esta larga temporada, aliviado de los recuerdos y del amor confiado que sintió por ella, triste y dolorido todavía, se vino á Madrid, se instaló en el barrio

de Salamanca, se vistió de luto y empezó á frecuentar la sociedad, comprendiendo que el mundo olvida pronto y se satisface con poco. La primera vez que uno de sus antiguos amigos le preguntó por su salud, al verlo un poco pálido, y luego por su mujer, al observar que vestía de negro, le contestó resueltamente, casi con rabia:

—Yo bien, muy bien; pero mi mujer murió.

—Pues no sabíamos nada, ni mi familia tampoco... dispensa, chico...

—Es natural, murió en Toledo, hace bastantes meses... Apenas dimos parte, porque con la pena...

—Sí, sí, comprendido.—Y continuaron hablando de otras cosas.

José M. MATHEU

Chispas

LA PEREGRINACIÓN

Marchando van hacia Roma

por nada, más que *por todo*,
cuatro docenas de fieles
y cinco ó seis mil curiosos.
Les dan por pocas pesetas
manutención, viaje cómodo,
y hasta una cruz sin derechos
conque retratarse al cromo.
Un estandarte les guía,
que irá de un coíre en el fondo,
mientras el momento llega
en que no sirva de estorbo,
y en la ciudad lo tremolen
de Pasquino y de Marforio.
Peregrinación de obreros
la titulan sus patronos,
más yo no sé hasta que punto
es este su nombre propio.
No van á buscar trabajo,
como suelen por Agosto
los labriegos de Galicia
con los zapatos al hombro.
Ni con el fin de instruirse,
y ver lo que hicieron otros,
pondrán la planta en San Pedro
las Catacumbas y el Foro.
Trás una visita al Papa
volverán á sus rastros,
á sus chozas miserables
y á sus obligados ocios,
convencidos de que Roma
es de Italia por despojo,
que el Papa es un prisionero
a quien hay que dar socorros,
y que el maestro de escuela
es un holgazán de á folio.
Pero los más ilustrados,
los que viajando de momio,
de aquellos templos admiren
la riqueza y el decoro;
los que contemplan el lujo
de jardines y de pórticos,
galerías y museos,
que son encanto y adorno
del venerable Pontífice,
ante cuyos pies me postro,
en vez de mandarle ofrendas
quedándose sin ahorros,
le van á pedir dinero
como se descuide un poco.

Manuel del PALACIO

EL SALTO MORTAL

Celebrábase en cierta villa de Aragón la festividad de su santo patrono, y de todos los pueblos de la comarca acudían mozas y baturros deseosos de disfrutar de las diversiones que había dispuesto el celoso municipio.

Sabido es lo que significan las fiestas del patrón de un pueblo. Desde el cohete hasta el escopetazo, pasando por el fagot y las castañuelas, ó la gaita y el tamboril, según la comarca, todas las músicas, ó mejor dicho, todos los ruidos son admisibles y hasta necesarios.

Así es que en la villa á que me refiero todo era contento y alegría desde la víspera de la festividad, viéndose aumentado el programa de las fiestas con un espectáculo tan inesperado como divertido.

TIPOS DE MINDANAO



Una beldad.



Un «gomoso.»



Un Datto... ¡Vaya un dato!



Heraldo de Surigao.



Guardia de un Datto.



Gobernadorcillo.



Oficial de milicia.



Soldado indígena.



De facción.

PRIMAVERA**EL HIMNO ETERNO**

¡Trocáronse del viento los furores
En los halagos de la brisa leve!...
¡Fundieronse las sábanas de nieve,
Del sol á los vibrantes resplandores!...
Torna ya la estación de los amores
Para que el mundo su esplendor renueve,
Para vengarnos del invierno aleve
Con nuevos nidos y con nuevas flores.
¿Qué vale de los tiempos la mudanza,
Ni quién de la fortuna desespera,
Mudable como el tiempo, y caprichosa?
¡Si el dolor es eterno, la esperanza
Es también inmortal! ¡Oh, Primavera,
Siempre la misma, y siempre tan hermosa!

C. F. SHAW

Unos titiriteros ambulantes, de los que aún andan por ahí, acudieron á las primeras horas de la mañana, sin que nadie hubiera pensado en ellos, tanto que la primera noticia que tuvieron los vecinos y forasteros de la llegada de los gimnastas, fué el toque de llamada, ó de diana, ó de degüello, que á porfía ejecutaban en un tambor y una trompeta, respectivamente, dos individuos de la compañía.

Como siempre, y para evitar molestias á los propietarios y facilitar localidades á todo el que las quisiera, sin límites ni sujeciones, escogieron para funcionar una plaza que había á la entrada del pueblo, completamente cercada por el horizonte y libre de toda gabela.

Formaban la compañía cuatro individuos mayores y uno menor; una mujer, bajo su palabra; tres hombres, que más parecían espectros, y un niño de cuatro á cinco años, hermoso de cara, aunque enfermizo de cuerpo, y rubio de pelo y de rostro, según estaba tostado por el sol, que sin duda por volverlo todo rubio le llaman algunos poetas rubicundo al hablar de sus señas particulares.

La mujer cargaba como un hombre con los tres varones, y éstos, á pesar de hallarse en los huesos, eran capaces de cargar con media villa, incluso el alcalde.

Saltaban como individuos de la raza felina, trepaban como lagartos, y uno de ellos se revolvía y descoyuntaba como una culebra.

En cuanto al niño confiado á aquellos hombres, que ninguno era su padre, solamente podía prometerse algún cuidado de la que le llevó en su seno, que era la única mujer de la compañía.

De los varones pudiera prometerse con mucho fundamento algún puntapié, porque se habían dado casos. Pero el chico necesitaba, y sus *ayos* también, hacer negocio, y para procurarle un porvenir y arrastrarle en la ciencia del volatin, le mortificaban frecuentemente. «Quien bien te quiera te hará llorar.»

«La miseria envilece» este es un axioma que no habrá moralista que se atreva á rechazar. Por esto la madre del inocente niño no se mostraba tan cuidadosa de la existencia y de la salud de su hijo; le quería como madre, al parecer, pero no como una madre cristiana, sino como puede querer una persona que cree compatibles el cariño natural y la explotación del objeto de ese cariño.

Sin embargo, hay momentos en la vida en que el trasunto divino del alma se revela con todo esplendor. El sentimiento amortiguado, pero no extinguido por el cansancio de la lucha material con la miseria, aparece en toda su pureza, borrando y envolviendo en su bendita aparición todo conato egoísta, todo resabio de envilecimiento.

Sucedió, pues, que uno de los hombres, el que hacía de director, preeminencia que le fuera concedida por ser el más fuerte y el más resuelto y aventurero, había aceptado con demasiada frecuencia las invitaciones que le hacían los espectadores, y empezó á sentirse bastante perturbado.

El tinto aragonés no respeta ni á los mismos titiriteros ó *piculines* como los designan en Aragón, y el director, muy regocijado al ver como depositaban cuadernas (1) los baturros en una bandeja con que solicitaba el precio del abono la mujer, se extralimitó ó *trastimistó*, como decía después el mismo alcalde, «mejorando lo presente», y se puso como un cuero repleto de vino.

Caía el mosto en hueco, porque ya hacía algunas horas que los titiriteros despreciaban la mala costumbre de comer otra cosa que pan, y no muy recién cocido, y aquella circunstancia aumentó el efecto y el estrago del tinto en los estómagos agradecidos de los *piculines*.

Ello fué que llegó el turno al chiquillo, según el programa que, á viva voz y con acompañamiento de trompeta y tambor, hizo el que se honraba con el título y la caperuza de payaso, y allí dió comienzo el drama.

Asió á la criatura de un brazo el hércules beodo, y arrojóle para que diese una voltereta ó salto mortal: hizo lo así el muchacho; aunque difícilmente, que si bien no era torpe, y el mismo hércules lo decía, ni pesado, ni temeroso, no se hallaba sino en los elementos de la ciencia, y el motor habíale impreso mal el impulso cuando le lanzó al aire.

Produjo la voltereta del niño grandes gritos y algazara, y aplausos con que las mujeres manifestaban su interés hacia la *criatura* y el temor de que se desgraciase, y los hombres su buen deseo y admiración por la bravura y agilidad del muchacho.

Pero sucedió lo que era de esperar, atendiendo al estado en que el director se encontraba, que el chico, en uno de los saltos, fué á dar con la cabeza en tierra, haciéndose un chichón muy regular en la frente.

—¡Que no salte más!—gritó el público compadecido del pobre niño.

Y era de ver cómo hombres y mujeres se disputaban

al chico para bañarle la frente con agua y vino, y darle dinero y besarle y tomarle en brazos.

—¡Pobretico!

—¡Hijo mío!

—Ven aquí tú, y no *me* saltes *manque* te manden hacer *piculines*.

—Toma, toma estas *cuaernas*, y anda, ves y juega un *poquico*, y déjate de andar por el aire; que anden los grandes, que comen más que tú.

Estas y otras palabras se oyeron, con que aquel pueblo tan bueno trataba de indemnizar al pobre niño de su chichón.

Pero el hércules le llamó después de algunos minutos, le tomó los cuartos que había recogido, y le obligó á que repitiera las volteretas, á pesar de los ruegos de la madre, que conociendo el estado del director, empezaba á temer por su hijo.

—¿Tú también?—dijo el volatinero con grosero tono.

—Yo también—respondió la madre en voz baja y sin que nadie se apercibiese;—y ya sabes que nunca me meto en las lecciones que tú le das.

—Eres una maula.

—Y tú...—la mujer se contuvo.

—Concluye—dijo con descompuesto semblante el hércules.

—Un borracho.

El atleta de plazuela descargó un tremendo puñetazo sobre la mujer, que la derribó en tierra.

Solamente el niño y los otros artistas pudieron apercibirse del acto; tan disimuladamente lo cometió el hércules.

—¡Madre!—gritó el niño, que aunque acostumbrado á escenas análogas, ésta habíale impresionado más que nunca.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el hombre afectando interés y ayudando á levantar á la pobre titiritera, la que disimuló y contuvo las lágrimas que asomaban á sus ojos. Y luego, dirigiéndose al niño, le dijo:—Ven aquí á dar unos saltos mortales.

A los tres saltos, el público no quiso que el niño continuase.

Pero cuando era mayor el griterío, y más frenéticos los aplausos, obligó el director al chico á que subiese sobre sus hombros, y arrojándole desde allí para que diese el salto y cayese en pie, dióle tan fuerte embite, que el pobre niño cayó segunda vez, quedando exánime sobre el suelo del improvisado circo.

En aquel momento sólo un quejido general se oyó.

Después, pasado el primer impulso, y cuando la madre llegó á recoger á su hijo, una voz entre el tumulto exclamó:

—¡Muera el *piculín* grande!

Y la acción siguió á la palabra al oír un grito de desesperación de la infeliz madre.

—¡Hijo de mi alma! ¡Muerto! ¡Muerto!

El *piculín* grande no volvió á estrellar más criaturas. Por la noche, el alcalde, contando lo ocurrido á unos forasteros, les dijo:

—Bien decía yo, que vale más un novillo que cien *piculines*; porque lo que hace un novillo ya lo sabemos, y al fin da con gente del pueblo, y toos nos conocemos, y siempre es una ventaja.

E. de LUSTONÓ

IMPEDIMENTO DIRIMENTE

Acabada la lectura de la Epístola de San Pablo, que la novia oyó atenta y el novio distraído, los concurrentes cambiaron entre sí miradas y sonrisas satisfactorias. La bendición nupcial unió dos manos, dos almas, dos destinos.

Rafael se creyó revestido de gloria y señor de un mundo al poder llamar suya á la mujer ideal. Angela se sintió bienaventurada, flotante en el éter luminoso, y si en su exaltación hubiera logrado columbrar la augusta figura del Padre Eterno, le habría dado expresivas gracias por el sumo bien que acababa de concederle.

No era de las que aguardan el permiso del cielo para arrojar por la ventana el ramo de azahar que la malicia y la impudencia, apostadas en el arroyo, recogen, manchan y pisotean; por el contrario, sus pensamientos siempre fueron limpios, y castas sus palabras. Encerrábase su delicado espíritu en gentil cuerpo de gracia tan seductora que no habría extrañado verla subir á la áurea nave en que Wateau dispuso su delicioso *Embarque á Citera*.

Lo que Rafael prefería en su adorable esposa, no era precisamente el color celeste de los ojos, ni el dorado reflejo de la cabellera, ni las rosas y el nácar del cutis, ni

la artística esbeltez del tallo. Lo que más le agradaba entre tantos atractivos era la fragancia que de su fresca juventud se desprendía. Angela, como Alejandro el Grande, olía exquisitamente sin necesidad de perfumarse. Era una verdadera flor de colores primorosos y suave esencia, nacida en este valle de lágrimas.

Firme y pulcro á la vez, é igualmente arrojado para llevar á efecto el bien, como irreprochable en cuanto tenía relación con los sentidos, odiaba Rafael aquello que los molestaba con la misma vehemencia que ponía en la repulsión de la maldad. Tan insoportable le parecía un truhán como un fumador; y si transigió con su suegro futuro, que nunca soltaba el chicote de la boca, debióse al amor grande que le inspiró la hija de D. Antero.

Distinguiase éste por la testarudez, y era uno de los pocos realistas que aun quedaban en el pueblo para abominar del repugnante caciquismo engendrado por el régimen parlamentario. Contábase de él que yendo con una partida de los suyos para hacer la entrada en cierta villa donde los partidarios del absolutismo habían triunfado, y topando con un borrico que obstruía el paso á la calle principal, le atravesó con la espada, diciendo: «Para los defensores del altar y del trono no hay obstáculos.» Rasgo que demuestra la furibundez de su genio.

Rafael toleraba su trato en la esperanza de perderle pronto de vista, pues le hubiera sido imposible vivir en su compañía. De aquel bigote tupido y crespo, bistre en el centro, gris pardo á los lados y plata en las extremidades, donde se condensaban las bocanadas de humo y de patriotería que el corajudo realista lanzaba á cada momento; de aquella escobilla empapada en nicotina, trofeo insolente de un vicio que crispaba los nervios al pulido joven, brotaban unas emanaciones irresistibles para el olfato de éste.

La vida en común era imposible, no obstante la condición benigna de la madre de Angela.

El andén de la estación donde el tren paraba cortos minutos, se hallaba más animado que de costumbre. Buen número de parientes de la novia, de amigos de la familia de la novia, y de desocupados ansiosos de ver la novia, formaban grupos esperando la llegada de la locomotora.

El llanto, á punto de romper, inundó muchas mejillas apenas se oyó el silbato de la máquina. Redobláronse las despedidas y los encargos. La premura del tiempo cortaba los abrazos y apagaba los besos, repitiéndose y reavivándose unos y otros á medida que la inmovilidad de los coches permitía las expansiones del cariño.

No hubo más remedio que desprenderse de la madre atribulada y estrechar la última mano que la amistad tendió. Rafael esperaba en el compartimiento á su cara mitad, que ascendió empujada. Y antes que se cerrara la portezuela, segundos antes de partir el tren, D. Antero se precipitó al interior del coche, abrazó rudamente á su hija é imprimió sobre sus carmineos labios un beso apretado, largo, amorosísimo, como el que da un padre á quien arrebatan la prenda más querida de su corazón.

Apenas hubo descendido el viejo, trémulo por la emoción, se puso en marcha el tren.

Angela no tuvo valor para agitar desde la ventanilla su pañuelo, prolongando así el adiós á los que continuaban saludándola.

Rafael respetó su angustia, escuchando en silencio los sollozos de su mujer.

Iban solos en el compartimiento capaz para ocho viajeros; completamente solos. Trascurridos algunos momentos, Angela cesó de secarse los ojos encendidos, é intentó sonreír á su marido, contrayendo apenas los labios. Sonrisa precursora de un sol de amor, que rompía difícil entre los nubarrones amontonados por el duelo.

De cuando en cuando pasaba por ante los cristales la cabeza del revisor; una vez entró este empleado á pedir los billetes; y otra se oyó andar pesadamente sobre los coches. Era el farolero encargado de colocar las luces para el paso de los túneles.

Ambos miraron hacia el techo y vieron la lámpara recién puesta.

—¿Hay muchos túneles en este trayecto?

—Bastantes, amor mío, y uno larguísimo—respondió Rafael, quien aprovechó el comienzo del diálogo para estrechar con efusión las manos de Angela.

¡Cuántas esperanzas anunciaba la blanda caricia! ¡Qué de dichas auguraban la mirada tierna y la frase apasionada!

Sonó estridente el pito á la entrada del primer túnel. Volvió á sonar, rodando nuevamente el tren por el talarro de la montaña. Durante algún tiempo se sucedieron las alternativas de luz y oscuridad, de estrépito interno y golpeteo acompasado, mientras los nuevos esposos se guían sentados uno en frente del otro, las manos cogidas y las almas juntas.

Faltaba el último túnel, anunciado repetidas veces po

(1) Pieza de cobre equivalente á dos cuartos.

el silbato en tono de desesperación, como si fuera el con-voy á precipitarse por cercano abismo.

Penetró el coche en que iban los novios por la ar-quea da abertura, percibiéndose apenas la claridad, que débil, se reflejaba en las salientes angulosas del revestimiento. A los pocos instantes el humo que blanqueaba con los escasos destellos recogidos en sus informes espirales, se confundió con la negrura del túnel, cesando, por decirlo así, toda comunicación de los viajeros, arrastrados en el antro con el mundo exterior.

Angela, entonces, tuvo miedo, y sentándose al lado de Rafael, reclinó su linda cabeza sobre el hombro del bien amado, quien movido de irresistible impulso, depositó un ósculo purísimo en los labios de la inocente joven.

Y no fué tan súbito rendir este homenaje en aras del santo amor conyugal, como levantarse airado Rafael y prorrumpir en altas imprecaciones, que el fragor retum-bante del tren no dejaba entender.

Lo que Angela notó estupefacta fué que su marido se limpiaba la boca con el pañuelo de una manera violenta, rabiosa, cual si tratara de levantar la piel. Como que el implacable enemigo del tabaco acababa de posar los su-yos sobre aquellos labios virginales que la hedionda es-cobilla de D. Antero llenó de fétidos rastros; labios apes-tosos de donde debieron fluir las mieles sabrosas del pri-mer beso de amor, en lugar de los asquerosos efluvios de la nicotina.

El sobresalto de Angela sólo pudo compararse, por el pronto, al disgusto de Rafael; pero el caso adquirió gra-vedad alarmante cuando vueltos los viajeros á la luz del día, vió la afligida esposa que el compañero de su vida era presa de insano delirio, y que entre los disparates que pronunciaba se oían á cada momento, claras y preci-sas, las palabras de *impedimento dirimente*.

F. MOJA Y BOLIVAR

Alrededor del mundo

SUMARIO

Napoleón literato.—Manuscritos inéditos.—Su historia.—La primer novela.—En los mares antárticos.—Descubrimiento de tierras.—Las trampas en el juego.—Un libro interesante.—Fabricación de aparatos.—En la ruleta, en las cartas y en los dados.—Filosofía de todo ello.

Napoleón novelista es la novedad que se anuncia en librería.

Al salir para Rochefort, Napoleón entregó á su tío el cardenal Fesch, arzobispo de Lyons, una caja de cartón, cubierta de papel gris, cuidadosamente cerrada y sellada multitud de veces con las armas imperiales. En aquella caja estaban todos los cuentos, novelitas cortas, artícu-los y demás estudios literarios escritos por Bonaparte en su juventud, de 1785 á 1792, y muchas de las cartas que había recibido en aquel período.

La caja no fué abierta hasta el año cuarentitantos, y el acto se hizo en presencia de Carlos Bonaparte, el hijo de Luciano; pero el príncipe, muy ocupado en sus estu-dios sobre las aves americanas, no hizo caso de los es-critos de su tío, y dejó los papeles en poder del gran vica-rio de Lyon, á quien al morir se los entregara en depósi-to el cardenal Fesch. Los manuscritos fueron comprados por una bicoca por Libri, el famoso bibliófilo y ladrón de libros y estampas, que siendo inspector general de las bi-bliotecas de Francia, las saqueó todas y se hizo rico con el producto de sus robos, pero tuvo que refugiarse en In-glaterra para evitar el presidio. Libri revendió los ma-nuscritos literarios de Napoleón á lord Ashburnham, por la bonita suma de 40.000 duros, y en la espléndida biblio-teca del magnate inglés permanecieron sin que á nadie fuese permitido verlos, hasta que en 1882, muerto lord Ashburnham, y deseando su hijo realizar la enorme for-tuna que el lord bibliófilo tenía muerta en libros y ma-nuscritos, fueron adquiridas por el gobierno italiano las primicias literarias del gran emperador, y depositadas en la Biblioteca Real de Francia, cuyo jefe, el comendador Biagi, ministro después de Instrucción Pública, es quien ha resuelto darlas á la estampa.

En el entretanto, *The cosmopolitan*, la revista norte-americana más ávida de novedades, publica en su núme-ro de Abril una de las novelas cortas inéditas de Napo-león. Cuando la escribió era Bonaparte teniente de arti-lería, habla en primera persona y relata cómo habiéndose embarcado para España tuvo que refugiarse el barco en la isla de la Gorgona, tenida por desierta; el joven oficial tuvo el capricho de desembarcar y de pasar la noche solo en aquel islote para forjarse la ilusión (que andando los tiempos había de ver realizada) de que era señor y rey de un territorio, por pequeño y despoblado que fuese.

En la isla despertó un hombre, un patriota corso refu-giado allí con su hija, un verdadero Robinsón que le cuenta sus aventuras, en las que abundan las matanzas y los combates.

La ilusión de ser rey de algo, la obsesión de la guerra y de sus estragos llenan ya la mente de Bonaparte, como se ve por esta novelita. El estilo es claro, y sin galas, pero con fuerte sabor de época; parece estarse leyendo alguna de las obras que forman la nunca bastante ponderada *Galería de espectros fúnebres*, que tantas lágrimas hacía derramar á nuestros abuelos; abundan las exclamacio-nes patéticas, de las que puede esta servir de ejemplo:

«Dios mío, escucha el ruego de esta triste víctima! Hija mía ¿qué has hecho? Mi alma no puede sufrir este tormento. ¡Adiós hija mía, debo expiar mi crimen! ¡Lla-mas, purificadme!»

Lo más curioso del manuscrito publicado por *The Cos-mopolitan* es que en él se presenta Bonaparte como gran-de amigo y admirador de los ingleses y como enemigo de los franceses. El futuro emperador era entonces corso y patriota hasta el tuétano de los huesos, y aborrecía á los franceses considerándolos como los opresores y verdugos de su patria.

*

Cansados de cruzar en vano los ya casi despoblados mares árticos, tres balleneros noruegos enderezaron la proa hacia las regiones antárticas meses ha y están de regreso trayendo no sólo buena carga, sino lo que es más trascendental, importantes descubrimientos.

Los geógrafos de distintos países han dado varios asaltos á los audaces balleneros; pero estos han guarda-do la mayor reserva, deseando reservar á su país la glo-ria y el provecho de los descubrimientos que han rea-lizado.

Parece que uno de los balleneros llegó hasta el gra-do 70, latitud sumamente baja para aquella región, sin encontrar demasiado hielo, y que ha levantado el plano de extensos y hasta entonces ignotos territorios, procla-mando sobre sus aguas la soberanía de Noruega.

El descubrimiento dará nuevo impulso á las explora-ciones hacia el Polo Sur, largo tiempo abandonadas, y plantea el problema de si va perdiendo el frío su intensi-dad en las regiones antárticas.

*

Maskelque, uno de los más célebres prestidigitadores é ilusionistas del mundo, acaba de publicar con el título de *Sharps and flats* (traducción libre, *Tahures y primos*), un libro revelando las trampas de los jugadores de ven-taja.

La relación de éstas, no sólo es muy larga, sino que contiene mañas casi imposibles de descubrir. Desde la ru-leta y los dados, hasta las cartas, no hay juego en que no sea tan fácil hacer trampa como difícil descubrirla.

El pego, el salto y las cartas marcadas, en uso entre nuestros tahures, son artes muy burdas. En el extranjero se emplean para jugar con ventaja aparatos ingeniosísi-mos y en extremo delicados, á cuya fabricación exclusi-va se dedican varios industriales; el más famoso de éstos vive en los Estados Unidos, y hasta se anuncia en los pe-riódicos con la siguiente fórmula: «Aparatos para jugar. Dirigirse á los Sres. *** hermanos.»

Para las ruletas se hacen ruedas en las que los de-partamentos de los números pares ó impares, encarna-dos ó negros, pueden estrecharse á voluntad, de modo que no entre en ellos la bolita. El banquero no tiene más que ver que paño está más cargado, si el negro ó el encarna-do, el par ó el impar, y tocando á un resorte invisible estrecha los compartimientos de aquellos números y lanza la bolita en la seguridad de que no caerá en ellos.

Para las cartas hay cajetines que distribuyen las car-tas que se desean; planchitas para cortar que alteran la forma de las cartas de una manera casi imperceptible, pero lo bastante para que la persona advertida sepa don-de está; reflectores para ver las cartas que se están bara-jando; marcadores de cartas de maravillosa finura; apa-ratos mecánicos para guardar y lanzar á voluntad paque-tes de cartas. El más célebre de estos aparatos fué inven-tado por Kepplinger, quien con él jugó y ganó tres días seguidos con otros dos tahures célebres, siendo las con-diciones de la partida que se podrían hacer trampas; tan seguros estaban los tres compadres de conocer todos los recursos del arte. «Al tercer día, los dos perdidosos, des-esperados de no haber podido sorprender, no obstante su vigilancia, la treta de que se valía Kepplinger, se arroja-ron sobre él y le registraron, hallándole debajo de la ropa un complicadísimo aparato de gomas, cintas y ganchitos, que movía juntamente ó separando las rodillas, y con el cual escamoteaba ó largaba las cartas que le convenían. Hoy día se vende este aparato á 2.000 reales cada uno.

Para los dados se fabrican al precio corriente de cien-

to setenta y cinco duros, mesitas eléctricas, con las cua-les no puede perder quien conoce y prepara su mecanis-mo; dados que tienen imantada una de las caras; dados con pesos variables á voluntad; cubiletes preparados, et-cétera, etc.

En una palabra, después de leer el libro de Maskelyne se adquiere el convencimiento, de que no hay precaución posible contra las trampas en el juego, y que por grande que sea la respetabilidad de un círculo, y exquisita la vi-gilancia de su junta directiva y de sus socios, burlaré una y otra el primer tramposo hábil que lo desee.

WANDERER

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Por una pragmática de 3 de Setiembre de 1.500 se mandó que nadie pudiera cargar frutos ni mercancías en buques extranjeros más que cuando en el puerto no los hubiese nacionales ó cuando no cupiese en éstos toda la carga. Esta disposición será todo lo antieconómica que se quiera; pero el resultado fué que la tal providencia trajo á España todo el comercio de Occidente, y que á fines del siglo XVI contaba la marina mercante española con más de 200 buques vizcaínos, muchos de los cuales estaban al servicio de las pesquerías de Terranova, 200 pataches gallegos y asturianos, 800 navios de alto bordo, y más de 1.500 carabelas y carabelones; pero fué el ex-plendor de corta duración, porque luego comenzó la de-cadencia, á impulso de continuados errores económicos.

Para ocurrencias originales y á veces chistosas, no hay como los Estados Unidos. Un émulo de Favart publi-có durante algún tiempo un periódico comestible. El pa-pel era una especie de hojaldre consistente y elástico, y la impresión se hacía con chocolate en vez de tinta de im-prenta.

Pero aconteció que la mayor parte de los comprado-res, sobre todo las señoras, se lo engullían antes de leer-lo, por cuyo motivo había dificultades para encontrar re-dactores que se conformasen con que su ingenio fuese comido.

Los ingleses atribuyen al matemático Wallis la inven-ción del arte de hacer hablar á los mudos; los holandeses al médico suizo Amman, establecido en Amsterdam; los franceses al portugués, según unos, y español, según otros, Jacobo Rodríguez Pereyra, que enseñó á algunos mudos en París.

Pero antes que todos ellos se diesen á conocer, se ha-bía publicado en España un libro titulado *Arte para ense-ñar á hablar á los mudos*, cuyo autor, D. Juan Pablo Bo-net, no fué á su vez más que propagador de los conoci-mientos utilizados ya á mediados del siglo XVI por el be-nedictino Ponce de León, que enseñó á hablar á D. Pedro Velasco, hijo del condestable de Castilla, y á otros. Wallis y Pereyra habían estado en Cádiz y visto al marqués de Priego, sordo mudo, educado por D. Manuel Ramírez de Carrión, con el método de Bonet.

Se atribuye universalmente la invención de la brújula al italiano Giosa, en el año 1302; pero Raimundo Lulio es-cribía en 1272 haciendo referencia en términos claros á ese instrumento náutico que ya por entonces debía usar-se. Lo que se ignora es cuál fué la embarcación que lo llevó por vez primera.

En fines del pasado siglo la nación española acuñaba por término medio anualmente 72.213.320 reales vellón en oro y 525.525.468 en plata, al todo 597.738.638. Había casas de moneda en Madrid, Sevilla, Méjico, Chile, Perú, Nue-va Granada y Popayan. No hemos incluido las acuñacio-nes de estas dos últimas por falta de datos precisos; pero bien se pueden apreciar en un total de 130 millones, lo cual eleva la cifra de las monedas que cada año salían á correr por el mundo á 655.525.461 reales vellón. El cobre se acuñaba en Segovia.

Durante la guerra de la Independencia la invasión francesa no interrumpió nuestras acuñaciones. Se esta-blecieron casas de moneda en Cádiz y Valencia, y para cobre en Galicia; pero se trabajaba poco. Tan sólo se acu-ñaron en 1809, 10, 11 y 12, reales vellón 20.051.166; pero no estaban ociosas las casas de moneda de ultramar. Se acuñaban por término medio anual en Méjico más de 16.000.000 de pesos fuertes en oro, en Chile cerca de 200.000 y en el Perú 460.000 en números redondos.

MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Mariouxi.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García.

UN ATENTADO ANARQUISTA



—Vengo de tomar esta bomba en el depósito y la voy a poner en el Congreso.



—Guardia, corra Ud., que aquel hombre es un criminal terrible que va a poner una bomba en el Congreso.



—Mientras esos le siguen yo daré parte al Sr. Gobernador.



—Es preciso que desplegando la mayor energía eviten Uds. a esta población un día de luto.



—¡El extraordinario á *El Timo del Pueblo*, con el terrible atentado que se va á cometer ahora!



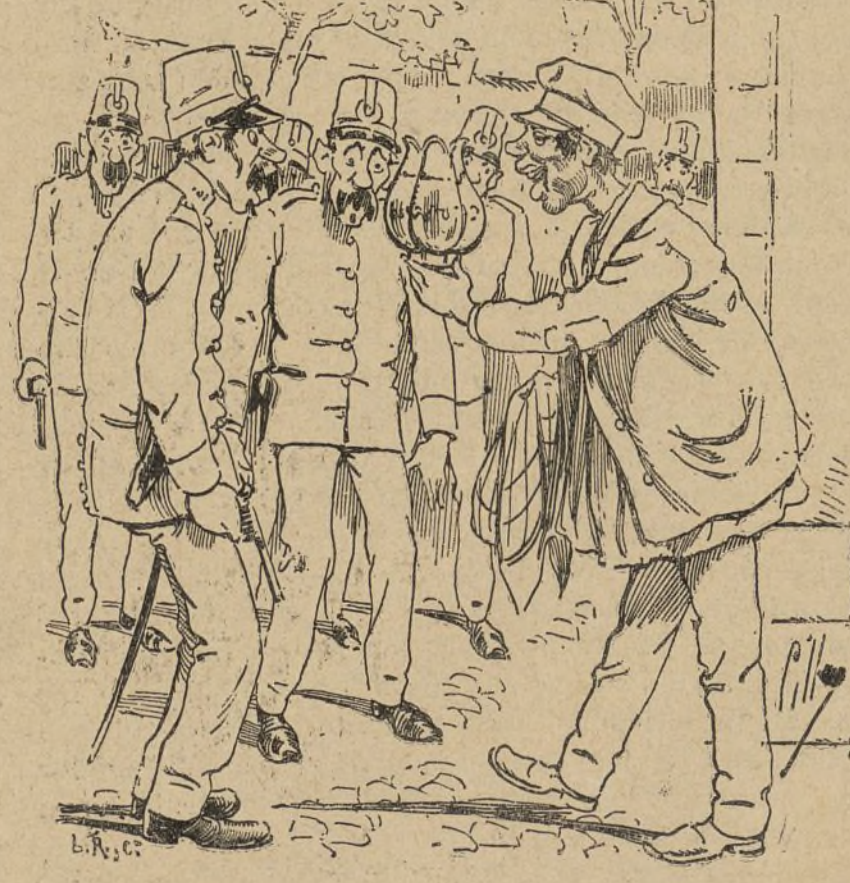
—Estaremos preparados aquí en el patio del cuartel para echarnos á la calle á la primera señal.



—Vamos despacito, que con estos hombres terribles todas las precauciones son pocas.



—¡Alto! ¿qué lleva Ud. en ese lío?
—Una bomba...
—¡Oh!...



—Pero una bomba de cristal *pa* una lámpara del salón de conferencias.